

# Billy Elliot

Melvin Burgess

Ilustraciones  
de María Simavilla



EL BARCO  
DE VAPOR



Basado  
en el guion  
de Lee Hall

sm





EL BARCO  
DE VAPOR

# Billy Elliot

Melvin Burgess

Basado en el guion de Lee Hall

Ilustraciones de María Simavilla



Primera edición: octubre de 2002  
Decimoprimer edición: abril de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Carolina Pérez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Billy Elliot*  
Traducción del inglés: M.<sup>a</sup> Dolores Crispín

© del texto: Melvin Burgess, 2001  
Guion original de la película:  
Lee Hall © 2001 Universal Studios  
Publishing Rights, división de Universal Studios Inc.  
Todos los derechos reservados.

© de las ilustraciones: María Simavilla, 2017

© Ediciones SM, 2017  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

#### ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-8920-7  
Depósito legal: M-9022-2016  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## BILLY

MI HERMANO ES BOBO. Lo odio. Aunque para la música tiene buen gusto. Si yo ando cerca, siempre se pone los auriculares para escucharla y que yo no pueda oírla. Como si fuera el amo del mundo o algo así. Si él pudiera, la envolvería bien y se la guardaría para él.

Últimamente no tengo mucho tiempo para estar solo, salvo a primera hora de la mañana, antes de ir al colegio, cuando mi padre y Tony están fuera en el piquete. Era mejor cuando trabajaban. Al volver del colegio podía tener horas enteras para escuchar lo que quisiera. A mi abuela también le gusta la música. Mi padre piensa que es basura moderna, pero ella es demasiado vieja para preocuparse de esas cosas. La abuela nunca se chiva. De todos modos, seguramente su memoria no llega tan atrás como para recordar lo que hemos estado haciendo. En cuanto mi padre y Tony salen de casa, pongo música mientras preparo el desayuno. Ella no puede tener los pies quietos. La oigo cantar mientras aún está en la cama. A veces se levanta y bailoteamos por la habitación. Hace poses con los brazos en el aire, intentando man-

tener el equilibrio sobre una pierna y girar como una bailarina de ballet; lo que pasa es que ya está cerca de los ochenta y no puede andar muy bien, y mucho menos bailar.

—¡A por todas, abuela! ¡*Bugui-bugui!*

Mi padre y Tony intentan impedirselo porque piensan que hace el ridículo. Bueno, ¿y quién la va a ver? Solo estamos nosotros, somos su familia. Si no puede hacer el tonto delante de su familia, ¿dónde lo va a hacer? Habría que dejarla bailar y escuchar música todo el día si eso es lo que quiere, pero mi hermano es demasiado borde para dejar que alguien escuche algo que no sea el sonido de su voz.

Aquel día empecé a bailar alrededor de la mesa mientras ponía a cocer los huevos, como si estuviera tocando la guitarra. Es que la música hace que te muevas. Michael, mi mejor amigo, y yo solíamos imaginar que éramos estrellas del rock cuando éramos pequeños. Michael se ponía los pijamas de raso de su hermana —ya sabes, *glam rock*—, se maquillaba y se ponía cosas y se parecía a Bowie o a Marc Bolan. A mí me daba igual parecerme a alguien; a mí lo único que me gustaba era la música. Era total. Yo le llamaba gay y él se me echaba encima para intentar darme una paliza.

*Cosmic Boogie* dura justo lo suficiente para que los huevos queden blandos, como le gustan a mi abuela.

Los saqué, los puse en las hueveras, preparé la bandeja en plan bonito y todo eso. Luego la cogí, abrí la puerta de su habitación con el pie y entré bailando *bugui*.

—¡Hey-hey-hey, abuela, soy el camarero bailarín! —dije mientras entraba bailoteando, poniendo todo mi empeño en que no se me cayeran los huevos... pero la abuela no estaba allí.

Dejé caer la bandeja con estrépito y salí corriendo. Mi padre me mataría si perdiera a mi abuela. Una vez desapareció durante toda una mañana. Al final la recogió la policía. Estaba caminando por los alrededores de la estación de ferrocarril de Jesmond. Solo Dios sabe cómo diablos llegó hasta allí. Mi padre cree que probablemente intentaba ir a visitar a alguien que había muerto hacía ya unos cincuenta años.

Salí zumbando por la puerta de atrás y subí por la carretera gritando con todas mis fuerzas: «¡Abuela! ¡Abuela!». Mi abuela me mata a sustos. No puede cuidar de sí misma. Te das la vuelta un minuto y, ¡zas!, ya no está. No es que ande tan deprisa, no se entiende cómo llega tan lejos. Lo que pasa es que cuando empieza no se para.

¡La habría matado! Tenía que ir al colegio. Pero, bueno. No es culpa suya, es que es vieja.

¿Por dónde, maldita sea? ¿Por dónde se habría metido? Podría haberse ido al mar. Desde donde estamos se puede ver el mar. A veces va y se queda

mirando las olas. Me detuve un momento para mirar primero a un lado y luego al otro. ¿Por dónde? Pero la pequeña Alison, que vive unas puertas más abajo, estaba allí chupando una galleta o algo y me señaló con el dedo hacia lo alto de la colina.

Salí pitando. Si la abuela se había ido por allí, sabía dónde estaba.

Para cuando llegué estaba reventado, pero allí estaba, bien, en el campo, bajo el viaducto. Lo sabía. Siempre va allí, es un lugar horrible del carajo: hay un estanque; podría caerse y ahogarse. Nadie sabe por qué va allí; la verdad es que nadie sabe por qué hace cualquier cosa que haga. Si le preguntas, se te queda mirando. Me imagino que jugaba allí cuando era pequeña. Ha vivido aquí toda su vida. ¡Ochenta años!

–¡Abuela! –grité.

Ella se giró y se quedó mirándome. Avancé entre la hierba alta. Estaba mojada. Pobre abuela, estaba toda empapada. Parecía aterrada. Ese es el problema, ¿sabes? No es solo que la mitad del tiempo nosotros no sepamos lo que está haciendo, es que ella lo pasa fatal también. Ella se asusta más que nadie.

–¿Qué pasa con tus huevos? –le dije.

–Tú eres nuevo –contestó ella.

–Abuela, soy Billy. Billy.

Ella dijo que sí con la cabeza y sonrió distraída.

Recuerdo aquella mañana por esto: en el puente que cruza el final del campo aparecieron tres furgones negros y los policías empezaron a bajar de ellos.



Era algo como sacado de *Doctor Who*. Los furgones no hacían más que soltar policías por la parte de atrás, como escarabajos que salieran de una grieta en el suelo. Llevaban escudos de esos de plástico y porras. Parecían sacados de una película.

La abuela me vio mirar hacia arriba y miró también.

–¿Qué son? –preguntó.

–Policías, abuela. Son policías.

–¡Bastardos! –agitó el puño hacia ellos–. ¡Bastardos! –gritó.

Algunos miraron hacia abajo, pero estábamos demasiado lejos como para que se preocuparan de nosotros.

–¿Han venido a por nosotros, Billy? –susurró ella.

Puede que se entere de poco, pero mi abuela ha visto de todo. Vivió en los treinta y durante la guerra. Lo ha visto todo. Lo sabe todo de la policía. Sabe de qué parte está la policía.

–No, abuela, nosotros no les interesamos.

–¿A por Jackie? ¿A por Tony? –preguntó.

No le respondí. A veces mi abuela me asusta más cuando sabe lo que está pasando. La cogí del brazo y la llevé a casa.

Yo estaba al piano tocando de oído la melodía de *Cosmic Boogie* y pensando en mi madre. Tony daba vueltas por la cocina zampándose rebanadas de pan y margarina y acariciando sus carteles. *¡No nos rendiremos! ¡Thatcher fuera! ¡Esquirol! ¡Esquirol! ¡Esquirol!*

Mi padre andaba atareado, lavaba los platos, intentaba fregar el suelo, ponía las tazas en el armario. Susan, que vive calle abajo –Susan Llave Inglesa la llamamos, por la cara que tiene–, viene y asea la casa de vez en cuando. La abuela estaba metida en la cama, pero sentada, en la habitación de al lado, cantando. Cantando algo, pero no creo que fuese lo que yo estaba tocando.

Mi madre murió hace dos años. No creo que nadie se acuerde ya de mi madre, solo yo. La echo de menos, la echo de menos cada día. La gente no se da cuenta de cuánto la echo de menos, pero así es. La echo de menos cuando me miro al espejo y cuando cruzo una puerta al pasar de una habitación a otra o cuando estoy tonteando con el piano. Me digo: «Bueno, sus dedos estuvieron aquí encima». La recuerdo en muchas cosas como esa. Cómo se maquillaba delante del espejo del recibidor cuando salía con prisas. Hay una cajita bajo el espejo donde ella solía guardar sus cosas. Dentro todavía tiene algunas barritas para pintarse los labios. Huelen exactamente igual que olía mi madre, pero ya están pasadas. Cuando miro ese espejo, a veces me pregunto: «Si miro durante bastante tiempo, ¿podré ver su cara?». Antes miraba durante siglos, tratando de ver su cara dentro de la mía. Si miras bastante rato, parece que tu cara cambia y me da un susto de muerte. Recordar y añorar no son exactamente lo mismo, pero se parecen mucho y no puedes sentir lo uno sin lo otro.



Tengo una carta de mi madre que ella escribió hace siglos. Escucha.

*Querido Billy:*

¿La oyes? ¿Oyes la voz de mi madre?  
Escucha.

*Querido Billy: Sé que puedo parecer un recuerdo lejano para ti. Eso probablemente es bueno. Habrá pasado mucho tiempo. Y yo no te habré visto crecer, no te habré visto llorar, reír y gritar, y tampoco te habré reñido. Pero, por favor, tienes que saber que siempre he estado ahí, contigo en todo momento. Y que siempre lo estaré. Y que estoy orgullosa de haberte conocido. Y que estoy orgullosa de que hayas sido mío. Sé siempre tú mismo. Te querré siempre.*

Esa es mi madre. Dice que para siempre. Lo que pasa es que «siempre» no existe, ¿verdad? O, por lo menos, para ella no. Tenía que guardar la carta para cuando tuviera dieciocho años, pero la abrí. La guardo en una caja debajo de mi cama y la saco de vez en cuando para leerla; no muy a menudo, porque el papel acabaría desgastándose. Entonces sería como si ella hubiera desaparecido del todo. Hice una fotocopia para poder recordar exactamente lo que dijo, para cuando esté muy arrugada y se rompa toda en pedazos. Únicamente la leo cuando estoy solo. Una

vez la leí cuando Tony estaba en la habitación. Dormimos en la misma habitación. La leí mientras estaba allí porque quería que recordáramos a mi madre juntos. Pero él no quiso.

–Tendrías que haberla guardado para más adelante, como ella quería. De todos modos, ya sabes lo que pone, ¿para qué quieres leerla? –dijo.

–¿Nunca la echas de menos? –le pregunté.

–Oh, déjame –dijo, y se dio la vuelta para dormirse.

¿Lo ves? Ya te lo he dicho. Bobo.

Bueno. Decía que yo estaba al piano tocando de oído la melodía de *Cosmic Boogie* a la vez que me imaginaba cómo tocaba ella las teclas con sus dedos y hacía surgir la música. Ella solía tocar para todos nosotros. La abuela bailaba vales por la habitación como si fuera una bailarina. Yo no sé tocar. Me gustaría dar clases de piano, pero no lo pido porque ¿sabes lo que diría mi padre?

–Billy, no tenemos bastante para comer, mucho menos para el piano, hijo.

Así es mi padre. Él y Tony son exactamente iguales. Para ellos solo cuenta defender sus derechos, aguantar los golpes y permanecer juntos. No hay tiempo para recordar a la gente; para ellos, no. Están demasiado ocupados defendiendo sus derechos. Luchando en el piquete. Los he oído: «¡Esquirol! ¡Esquirol! ¡Esquirol!». Luchando contra la mina. Me los puedo

imaginar ahí abajo, luchando contra la pared de carbón, rompiendo trozos de carbón como dos excavadoras. Y luchando entre ellos, y luchando conmigo también. ¿Qué diferencia hay?

Aquella mañana estaban discutiendo otra vez.

–¡Venga, papá! ¡Llegaremos tarde! ¡Deja de dar vueltas!

Tony iba de un lado a otro, calzándose las botas, dando palmadas impaciente. Pero mi padre quería dejar la casa en orden. Siempre le preocupa que la abuela tenga que estar sola en casa.

–Tengo tiempo para hacerle el desayuno a tu abuela, ¿no?

–¡Se lo puede hacer Billy! ¡Vámonos!

–Espera.

Papá salió al patio. Tony iba de aquí para allá dando chasquidos con la lengua. Yo simplemente me senté allí y toqué de oído la melodía. Siempre están así. Discutir y pelearse. Eso es lo que hacen siempre.

Papá entró con el cubo del carbón.

–No queda mucho más carbón ya.

–Lo sacaremos otra vez de la tierra el mes que viene.

Papá se quedó allí con la boca abierta.

–No te engañes –dijo.

Tony le miró como si fuera veneno o algo así. Se podía sentir un viento helado. A Tony no le gusta que se hable así.

–Si no fuera por mí, tú lo habrías dejado y te habrías quedado en la cama, ¿verdad? –dijo.

-Tony -empezó mi padre.

Pero Tony salió de la habitación.

-Haz lo que te dé la gana, yo no te espero.

Cogió unos carteles y se fue hacia la puerta.

-¡Tony! Tony, ¡espéranos! -gritó mi padre.

Pero Tony se había ido.

Papá no fue detrás de él. Se quedó allí de pie. Tony pensaba que se había rendido. Que había tirado la toalla. Yo no sé, quizá tuviera razón.

Yo seguí con mi melodía.

-¡Déjalo, Billy! ¿Quieres? -me gritó de repente.

No le hice caso.

-Mamá me habría dejado -le dije, siguiendo con la melodía.

Él llegó por detrás y bajó la tapa. Casi me pilla los dedos. Luego salió corriendo detrás de Tony. ¿Por qué quería que dejara de tocar si él ni siquiera iba a estar?

-¡Te veré luego en el club -dijo mientras se iba.

«¡No!», pensé. No me gusta que venga a verme boxear.

-Escucha. Yo boxeaba. Mi padre boxeaba. Tú boxeas.

Así es mi padre. Lo que él hacía hace doscientos años es lo que su padre hacía doscientos años antes de eso y es lo que yo voy a tener que hacer en los próximos doscientos años. Así es como mi padre entiende las cosas. Mi hermano solía meterse con él cuando era más joven.

–Tú no me mandas, entérate –decía.

Eso era antes, cuando aún no se había hecho igual que su padre. Ahora es igual de malo. Y por eso todos los sábados por la mañana me cuelgo los guantes al cuello y bajo al club para partirle la cabeza a alguien por ellos.

Yo podría acabar aficionándome al boxeo si me dejaran en paz. La cosa es que tengo mis propias ideas y no les gustan. Lo que pasa con el boxeo es que lo que importa no es lo que haces con las manos. Es lo que haces con los pies. George, el entrenador, y mi padre no lo entienden. Piensan que depende únicamente de lo fuerte que le pegues a alguien en la cabeza, pero es un error. Fíjate en Mohamed Alí. No puedes pegarle porque no está ahí. Flota como una mariposa, pica como una abeja. Si George quisiera hacérmelo entender, me gritaría: «Estate quieto como una roca; golpea como un camión». Siempre me está gritando y diciéndome que deje de bailotear.

Lo odia.

–¡Pégale! ¡Pégale! ¡Párate y pelea! –me grita.

«Párate y te golpean», quiere decir. Él piensa que lo hago solo para fastidiarle. Una vez se subió al ring y me agarró para que no me moviera y el otro tío me zurrara bien. Si me dejaran solo hasta agotar a los otros tíos y consiguiera que se les cansaran las piernas, entonces empezaría a darles tortazos. Pero no son capaces de esperar tanto. No piensan. Es cuestión de táctica. Es que no piensan.